

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

Martes 21 de Diciembre de 1858.

EN PROVINCIAS.

Edición de la mañana.

Año IV.—Núm. 1.226.

MADRID 21 DE DICIEMBRE.

Antes de terminar el exámen relativo al real decreto de 13 de diciembre, explicaremos una de las observaciones, que no cargos, publicadas en nuestro primer artículo. Refiérese aquella á las facultades discrecionales de los gobernadores, en nuestro concepto ocasionadas; y para que no se alegue lo puesto en el párrafo 7.º del preámbulo, copiaremos literalmente el texto oficial.—Dice así:

«Tanto el gobernador como los misioneros necesitan, para poder llenar las miras del gobierno, que se les proporcionen recursos suficientes, dejando la conveniente libertad de acción, sin perjuicio de garantizar en lo posible la recta gestión de los intereses que se les confían. A este objeto tienden las medidas que se proponen á V. M. sobre el particular.»

Ahora bien, según el artículo 5.º de la real disposición, los gobernadores quedan investidos de todas las facultades discrecionales, sin perjuicio, según el preámbulo, de garantizar en lo posible los intereses confiados á su celo; lo que equivale á declarar, que los intereses mencionados ni cuentan con garantía alguna, ni la tendrán en lo sucesivo sino en lo posible: ó lo que es igual, el Estado ignora si los podrá garantizar de una manera completa. ¿Y cree la ilustrada dirección, ó el no menos ilustrado ministerio de este ramo, que semejante declaración es la mas oportuna para despertar el deseo de la especulación industrial, que solo se propaga y florece donde el estado social descansa sobre la base de la seguridad personal y del respeto á las propiedades?

Tal vez no sea este el pensamiento del presidente del Consejo; y todavía mas, creemos sinceramente en sus buenos deseos: pero es lo cierto que lo único que aparece en todo lo espuesto de real y efectivo, lo único que tiene la sanción del derecho escrito y que pronto la tendrá del hecho y la costumbre, si es que tal disposición puede formar costumbre, es la facultad discrecional de los gobernadores. Todo cuanto se refiere al amparo de la ley y protección del Estado es puramente hipotético. La sociedad de nuestras posesiones asiáticas queda entregada á la merced de la autoridad local que, por muy justificada y benéfica que sea, no está ni puede estar exenta de los errores que son inherentes á la naturaleza humana. El poder omnímodo solo puede concebirse en la infabilidad suprema.

El artesano y el industrioso labrador no abandonan tan fácilmente las inmensas afecciones de su país natal; y cuando se deciden á desplegar su actividad en países remotos es después de examinar las ventajas que semejante sacrificio les reporta y la fortuna mas ó menos provechosa que puedan adquirir para volver ricos ó en alguna comodidad al seno de su patria; porque todos se forman esta ilusión y después de calcular las garantías con que pueden contar en sus relaciones sociales y en su propiedad.

En el siglo XIX una sociedad industrial solo puede crearse y engrandecer bajo el atractivo de una sabia legislación; pero todos los mejores gobernantes del mundo no son suficientes para organizar á su capricho el mas pequeño pueblo. La especulación, en el buen sentido de esta palabra, sabe que donde hay buenas leyes no puede haber malos gobernantes, y por el contrario, que donde no existe sistema administrativo de justicia, los mejores gobiernos son detestables. Tales son nuestras amigables observaciones: el ministro de Ultramar juzgará.

Es innegable que la colonización por el Estado no puede menos de ocasionar gastos; pero ya que el gobierno se muestra tan partidario de la iniciativa individual, ¿por qué no ha seguido acerca de este punto las lecciones de la ciencia y de la experiencia? Si así lo hubiera hecho, mejores resultados daria, en nuestro concepto, el plan que se propone. Demostrado queda en nuestra ojeada comparativa respecto de los colonos de la América, que son de todo punto negativos los provechosos que se ofrecen en el reparto de las tierras de nuestras posesiones de Asia. Cinco años muertos para los tributos y ninguno para el canon anual, es una empresa que el terrateniente americano hubiera considerado en la venta á censo redimible de sus propiedades, como la especulación mas ventajosa. ¿Ni cómo puede pagar semejante canon en los primeros años una tierra que no puede producir? Es cosa bien sabida que el colono se ocupa el primer año en levantar la casa y desmontar á toda prisa la tierra necesaria para sembrar las legumbres y semillas alimenticias indispensables para su subsistencia y la de los braceros ó trabajadores que le ayudan. El segundo año, comienza el desmonte en mayor escala, y á pesar de las hogueras que se emplean para extinguir las raíces, todavía en el tercero no puede penetrar el arado. Las cosechas de esos días no compensan ni siquiera el trabajo empleado, de modo que hasta el cuarto ó quinto año, no pueden calcularse los rendimientos que se requieren para satisfacer el canon. En cuanto á

la contribución, debía eximirse por un tiempo mas dilatado, y cuando mas, trascurrido el cuarto año, exigirle una cuota módica sobre los frutos menores, teniendo mucho cuidado en no gravar los productos que están llamados á constituir con el comercio de exportación la riqueza del país.

Estas últimas disposiciones y la creación de casas de créditos, que con las garantías del gobierno metropolitano y ciertas y determinadas concesiones, se hubiera apresurado á realizar la industria particular, para los adelantos, que no el primer año solamente sino todos los años, necesitaban los colonos, seria mucho mas eficaz para la colonización asiática, y no acarrearía al Estado esos gastos á que se alude, para cuya satisfacción se gravan las cajas de la isla de Cuba.—Veamos.

Las razones que se alegan en el preámbulo para fundar esa medida, se reducen á que la isla de Cuba vivía no hace muchos años, de los auxilios que le suministraba otra provincia ultramarina. Con efecto, hasta fines del siglo pasado y principios del actual la isla de Cuba cubría el déficit de su presupuesto con un situado de 4,000 pesos que recibía de las cajas de Méjico. Pero, en primer lugar, ese déficit provenía de las numerosas atenciones del personal de l Estado y con especialidad del ramo de la marina, pudiendo asegurarse que el personal de la maestranza cubana era el mas elevado que en España se conocía por las muchas y considerables construcciones navales de aquel arsenal.

También provenía el déficit del régimen administrativo entonces dominante. La isla no era mas que el almacén general ó la factoría de las posesiones españolas de ambos mundos. Desconocida su importancia geográfica y mercantil, y monopolizada por los consulados de Cádiz, Barcelona y Veracruz, sus puertos permanecían cerrados al comercio extranjero, y el situado de Méjico, lejos de emplearse en su beneficio, porque en realidad no le hacía falta, se les suministraba para mantenerla en la decadencia, y véase cómo el precedente que cita el real decreto carece de analogía. Comprendió así Carlos IV, y apenas se concedieron las primeras franquicias, comenzó la prosperidad cubana. Hoy, sin embargo, se dispone que la isla suministre, no 4,000 pesos como Méjico, y cuenta que solo el producto de las minas del continente americano español fué catorce veces mayor que el numerario existente en el mundo, sino un millón de reales para la colonización de las provincias asiáticas.

No desconocemos las importantes razones políticas que existen para que el gobierno procure propagar á toda costa la preponderancia española en esas remotas regiones; pero ¿no es cierto, según los documentos oficiales, que en la isla de Cuba se esperimenta una escasez mayor y mas inmediata de pobladores? ¿No ha dicho el periódico oficial que los brazos agricultores no eran suficientes para el cultivo que constituye la riqueza de aquella provincia? ¿Y no se ha demostrado que la reproducción natural de los esclavos es mucho menor que la mortandad, y que los colonos chinos no se prestan á las duras faenas del campo? ¿Y es justo que la isla de Cuba, que necesita emplear sumas de consideración en un sistema colonial mejor concebido que los que hasta ahora han fracasado, se vea espuesta á la ruina que la amenaza en un porvenir no muy lejano, mientras que se la obliga á sacrificar una parte de sus productos en el fomento de la población de otra colonia?

Razones son estas que el presidente del Consejo, sobrado entendido en tales materias, no ha debido desestimar; y suponemos que los cincuenta mil duros á que se refiere la dirección, se deducirán de los sobrantes que el sistema tributario actual de la isla ofrezca abundantemente, porque obtenerlos de un nuevo tributo, sobre el complicado número de los que en Ultramar se conocen, seria poco equitativo. Es preciso tener en cuenta que cubierto el cupo á que ascienden las atenciones de la isla, todos esos llamados sobrantes no son otra cosa que un exceso de tributos, que los colonos pagan con gusto porque se invierten en auxilio de la nación; pero Fernando Pío y Annobon no se hallan en el caso de la metrópoli, y no creemos que existan razones de justicia para exigir que los cubanos paguen un nuevo impuesto en beneficio de poblaciones extranjeras, cuando ellos carecen de brazos, no ya para aumentar sino para obtener sus naturales cosechas. El Estado, sin embargo, puede renunciar el producto de los sobrantes en beneficio de las posesiones del golfo de Guiné, aunque semejante predilección no sea muy agradable á los contribuyentes de América.

Respecto de la organización administrativa, observárase los mismos errores que encierra el proyecto de colonización. Así como á los colonos se les exige la profesión de un arte ú oficio conocido, en recompensa de las ventajas problemáticas, así al empleado se le piden condi-

ciones de capacidad para retribuir sus servicios con un mezquino sueldo. De seguro no se ha tenido en consideración que el hombre de capacidad administrativa encuentra siempre, en el curso de nuestras relaciones sociales, muchos mas recursos de subsistencia y comodidad que los que pueda ofrecerle el voluntario destierro á aquellos remotos países. ¿Ni cómo es posible hallar un hombre versado en las ciencias exactas y conocimientos geológicos, agrícolas, etc., para poder apreciar la formación de los terrenos, su calidad, producciones, curso de las aguas, levantar planos y desempeñar las demás comisiones que se le confien por 2,000 pesos anuales, y una gratificación por gastos de viaje de veinte mil reales? Al tenor de este ejemplo todos los sueldos son mezquinos, y si bien en el decreto se ha atendido con particular cuidado á la redacción del artículo, tal parece que se ha prescindido de estudiar el fondo de una cuestión que merece sin duda toda la atención del gobierno.—Concluimos, pues, asegurando, que á pesar de todos los defectos que envuelve la medida gubernativa, el ministro y el ilustrado director del ramo han dado un gran paso ocupándose en el proyecto de organización que analizamos. Examinense nuestras observaciones, y si son justas mucho ganará el gobierno reformando su obra.

El secretario de la relación, E. de Soto.

En la sesión celebrada ayer en el Senado fué votado al fin el dictamen de la comisión de mensaje al trono, después de una larga, aunque poco importante discusión, en la que tomaron parte los señores Tejada y Calderón Collantes.

Hemos dicho que tuvo poca importancia la sesión de ayer, porque en ella no se dijeron cosas que no hubiéramos oído anteriormente, ni se hicieron brillantes discursos, pues sabido es que el señor Tejada, que fué el senador que por mas tiempo ocupó á la Cámara, es un orador de reconocida ilustración, pero que peca de difuso, y que profesa doctrinas que están en pugna con el espíritu que domina en el Senado y con los deseos y aspiraciones de la opinión pública.

Después de dos ligeras rectificaciones de los señores Calonge y marqués de Miraflores, obtuvo su señoría la palabra, que la usó largamente, como ya hemos dicho, para reproducir uno por uno todos los argumentos que en épocas anteriores ha dirigido en iguales circunstancias; de lo cual deducimos nosotros, que el señor Tejada, y los que con él piensan y votan, por mas protestas que hagan de que su conducta es esencialmente conservadora, son un obstáculo á todos los gobiernos, y un centro de oposición tan terrible, por mas que así no les parezca á algunos, como el que pueden constituir, y de hecho constituyen, las oposiciones mas esencialmente radicales.

Y hé aquí cómo el señor Tejada y sus secuaces siguen en esta parte la misma norma de conducta que los revolucionarios. ¿Pero cuáles fueron, en resumen, los terribles argumentos en que el senador semi-absolutista fundó su actitud hostil hacia el gabinete? Nuestros lectores los preven ya de seguro: el señor Tejada, como oposición radical, se coloca casi siempre en una situación violenta cuando ataca al gobierno. La razón es muy sencilla: el señor Tejada, que aspira á fundar de nuevo el régimen antiguo, que suspira á cada paso por la caduca constitución del trono tal como se hallaba antes de la revolución política que en nosotros se ha operado; el señor Tejada, en una palabra, que solo tiene elogios para el absolutismo y palabras censurables para el sistema liberal, no puede ver, no es posible que vea las cosas bajo su verdadero aspecto.

Para S. S., la política del general Narváez mereció las mismas censuras que hoy merece la expansiva y conciliatoria del conde de Lucena; y si este distinguido hombre público saliera mañana del ministerio, estamos seguros que el gabinete que entrara á sustituirle encontraría en el mismo punto á S. S. Y esto consiste en que los pasados, el actual y los venideros gobiernos han sido y serán liberales; en que todos han reconocido y están dispuestos á reconocer la Constitución del Estado, con la suma de libertades que concede, la cual no es el agrado del señor Tejada que, como ya hemos dicho, profesa las doctrinas semi-absolutistas, ó sea aquellas que solo consenten las Cámaras como cuerpos consultivos, ó como consejos de Estado, que anulan la libertad de imprenta y que cercenan por completo los derechos de los pueblos.

Como campeón de esta doctrina, el señor Tejada reconoció ayer, como lo ha hecho siempre que ha hablado, la necesidad de dar una importancia inmensa al clero sobre todas las demás clases, y se opuso con todas sus fuerzas á la desamortización eclesiástica, que según se dice trataba el gobierno de llevar á cabo. Se quejó amargamente de que este no hubiera consignado en el discurso de la corona la estricta observancia del Concordato; deploró, por último, que no fuera una verdad la responsabilidad mi-

nisterial, y que los partidos políticos no representasen en España, como sucede en Inglaterra, los intereses de las principales clases de la sociedad.

Cierto es que en España los partidos no son, ni significan lo que en Inglaterra, pero esta falta, ni es del sistema, ni puede subsanarse en manera alguna con las doctrinas que sustentan S. S.

En Inglaterra los partidos representan á las clases, porque son tan antiguos como las instituciones que dan vida á esas mismas clases: en España, donde nacimos ayer á la vida política, merced á una revolución que bien podemos calificar de social, los partidos son nuevos porque han venido á representar nuevos intereses también; nuevas clases, que ó estaban muertas ó no existían antes del triunfo de la causa liberal.

Pero la observación del señor Tejada sobre este punto la creemos tan infundada, que no sabemos cómo ha podido S. S., en su claro talento, esponderla como una objeción de impotencia. Una clase hay, por ejemplo, en nuestro país, que se la ha excluido para representarle, y que por lo general está fuera de las luchas políticas. Esa clase, respetable, sin duda, ha perdido en la práctica del sistema que nos rige, toda la significación que tuvo durante la dominación del absolutismo. A la sombra de este régimen, esa clase se elevó sobre todas las demás, llegando á gozar una influencia que nosotros no calificaremos aquí, pero que ha sido apreciada como funesta por la mayoría. Los partidos nacidos al soplo de las ideas liberales la eschivaron, y al hacerlo así, creemos que obraron con acierto. Para ello debieron tener sin duda poderosas razones, que nosotros alcanzamos y que el señor Tejada reconoce de seguro tan bien como nosotros. ¿Cómo es posible suponer, sin caer en una lamentable equivocación, que esa clase que había venido ejerciendo tradicionalmente un poder casi omnímodo en los destinos de la nación, habría de recibir gustosa una forma de gobierno que le arrancaba el monopolio de su omnipotencia? A los intereses antiguos que pugnan por oponerse á la marcha de la libertad, y de esos intereses, ninguno mas fuerte que el de la clase que nos ocupa; era preciso oponer otros nuevos creados al soplo vivificador de la era política que se inauguraba, y hé aquí el origen de los partidos. Hijos de la revolución no podían admitir en su seno á los que, viviendo en el pasado, se declararon enemigos de la revolución. Creemos haber explicado naturalmente lo que el señor Tejada no ha querido comprender.

Tras este discurso, y después de una ligera rectificación del señor Prim, obtuvo la palabra el señor ministro de Estado, el cual manifestó que el gobierno no podía dar explicaciones, como lo deseaba el señor Tejada, sobre las negociaciones pendientes entre el ministerio español y el del Sumo Pontífice. S. S. se extendió en probar al Senado lo inconveniente que seria para el resultado de esas mismas negociaciones, que el gobierno manifestase cuál era su pensamiento y cuál la situación del asunto, que debía ventilarse diplomáticamente.

Por fin, después de una breve protesta del señor Luzuriaga contra las palabras que había pronunciado el señor Tejada, fué aprobado en votación nominal, por 103 votos contra 28, el dictamen de la mayoría de la comisión de mensaje, levantándose en seguida la sesión.

Eran las seis menos cuarto de la tarde.

Al abrirse ayer la sesión del Congreso, se dió cuenta de que el señor Rios Rosas (don Antonio) participaba que va á salir para Roma, y de que el señor Rios Rosas (don Francisco) solicita por enfermo una licencia por dos meses, que le fué concedida.

Continuando en el exámen de los documentos que habían llegado á la comisión de actas, el señor Carballo leyó una exposición relativa al acta de Orihuela, su candidato electo don Tomás Capdepont, en la que se acusa al alcalde de aquella ciudad de abusos cometidos en las últimas elecciones.

El señor Latorre (don Carlos) volvió á renovar su observación del viernes, relativa á la hora avanzada en que se abren las sesiones, suplicando á la mesa que hiciese lo posible por evitar esta infracción de lo anteriormente acordado por el Congreso.

El señor Martínez de la Rosa anunció que se entraba en la orden del día, y se leyeron los dictámenes de la comisión relativos á las actas de los distritos de la Consolación, Castuera y Tudela.

La primera fué aprobada sin discusión, siendo proclamado diputado el señor don Francisco Valdés y Mon.

Al anunciarse la segunda, el señor Florentino Sanz declaró, que después de redactado el dictamen de la comisión, había llegado á la mis-
ma una protesta firmada por el candidato vencido, pero que como en nada afectase á la validez del acta, la comisión persistía en su dictamen.

Puesta á votación, fué inmediatamente aprobada, y admitido diputado el señor don Adalardo Lopez de Ayala.

El señor Gonzalez Brabo pidió y obtuvo la palabra para combatir el dictamen relativo al acta de Tudela, su candidato electo el señor Navascués.—Conocidas como son de todo el mundo las dotes parlamentarias del señor Gonzalez Brabo, no tendremos necesidad de decir que pronunció un discurso elegante, enérgico, fácil y nutrido de bellas ideas, al impugnar dicho dictamen.

El orador se lamentó del empeño que ponen casi todos los gobiernos en dejar fuera del Parlamento á hombres que, como los señores Sallamanea, Madoz, Olózaga y otros, tienen ganado su puesto en él.

El señor Suarez Inclán, individuo de la comisión de actas, apoyó el dictamen, fundando la base de su peroración, en que el acta de aquel distrito era válida bajo todos conceptos y en que no se había presentado ninguna protesta, merced á la cual debiera procederse á su anulación.

El candidato electo por dicho distrito, señor Navascués, usó después de la palabra en defensa de su propia causa, y espuso que ninguna género de coacciones se había cometido en el distrito electoral de Tudela. ¿Qué había de decir S. S.?

El señor Madoz combatió también el acta, y hablando con toda la franqueza que le caracteriza, dijo al comenzar su discurso, que ni aun siquiera había pasado la vista por los documentos relativos al acta en cuestión.

Después de un ligero debate en el que tomaron parte además de dichos diputados, los señores Elio y Vidal, y después de muy breves rectificaciones, el acta fué aprobada en votación, ordinaria, siendo proclamado diputado el señor D. Rafael Navascués.

A continuación se leyeron cuatro dictámenes de la comisión, relativos á las actas de los distritos de Riotinto, Vich y Palma, sus candidatos electos los señores Rios Rosas (don Francisco), Moret y Beltran de Lis, y otra que no recordamos, y todos quedaron sobre la mesa.

Juraron luego los señores Paez Jaramillo y Lopez de Ayala.

No habiendo mas asuntos de que tratar á la orden del día, se levantó la sesión.

El presidente anunció que en la próxima se discutirían las actas, cuyos dictámenes han quedado sobre la mesa, y que si había tiempo empezarian los debates sobre la contestación al discurso de la Corona.

Eran las tres y media.

En el lugar correspondiente insertamos el real decreto que ayer publica la Gaceta, disponiendo la erección en esta corte de un templo destinado á conmemorar el misterio de la Concepción de la Virgen Maria. Este pensamiento de S. M. la Reina, digno de la piedad de nuestros reyes, demostrada en tantas ocasiones por Doña Isabel II, no puede menos de hallar una simpática acogida en el corazón de todos los buenos católicos, y nosotros, que nos contamos en este número, le aplaudimos de todas veras, y deseamos verle prontamente realizado.

Haciase sentir en la corte de España la necesidad de un templo digno de la importancia de la población, y de la solemnidad y magnificencia con que en ella se celebran los cultos religiosos. La disposición á que nos referimos viene á llenar este sensible vacío, y todo nos hace esperar que el monumento proyectado corresponderá á la elevación de su objeto, hallándose, como se halla, encomendado á la inteligente iniciativa y al celo religioso de S. M. el rey.

Segun anuncia un periódico, después de los debates de contestación al discurso de la corona, presentará el ministro de la Gobernación á la cámara popular los proyectos de ley de imprenta, ayuntamientos, diputaciones y consejos provinciales.

Ya pareció aquello. El señor Posada va á disparar contra la opinión pública el nuevo proyecto de ley de imprenta tan esperado, tan ofrecido y tan retardado. Tenemos vivísima curiosidad por conocer el importante trabajo de S. E. ¿Será mas liberal que el proyecto que hoy nos rige?—No, porque el señor Posada votó y apoyó este.—¿Será menos liberal que la ley proyectada por el señor Nocedal? Tampoco, porque el gabinete de que forma parte el señor Posada ha ofrecido una ley menos reaccionaria.—¿Pues qué será? ¿qué no será?

La salida del señor Posada Herrera del ministerio es ya inminente y segura, según todas las noticias. Le acompañarán en su despenso algunos de sus compañeros, según hemos oído afirmar. Se designan para sucederle á los señores don Joaquín Francisco Pacheco, presidente del Consejo de ministros que fué, y después en otra ocasión ministro de Estado, orador parlamentario, escritor elegante y reputa-

do estadista; don Augusto Ulloa, director de Ultramar, diputado que ha sido en varias legislaturas, y publicista distinguido, y al señor don Eugenio Moreno Lopez, diputado, director de instrucción pública y persona de los mas brillantes antecedentes como jurista y hombre de vastos conocimientos científicos.

Varios vecinos del lugar de Llanes, de donde es oriundo el señor Posada Herrera, no ven con buenos ojos que ataquemos alguna vez que otra á su paisano el actual ministro de la Gobernación.—Cuando el señor Posada, á quien suelen llamar el ex-joven de Llanes, como le llaman tambien el ex-progresista, el ex-moderado y el ex-polaco, abandone su cartera, que será muy pronto según todos los síntomas, sabrán sus paisanos y los que no lo son, muchas cosas que nos restan por decir acerca del señor Posada Herrera.

En la Gaceta del domingo se publican los nombramientos de gobernador general y de otras funciones para la administración de las islas de Fernando Póo, Annobon, Corisco y sus dependencias, de que anticipadamente habíamos dado conocimiento á nuestros lectores.

Ya saben nuestros lectores que Mr. Buchanan dice en su mensaje que la isla de Cuba deberá pertenecer á los americanos, y recomienda su adquisición por compra.

La isla de Cuba es una pesadilla para los Estados-Unidos. ¿Han visto nuestros lectores un gato fúnebre atisvando las provisiones de una despensa á través de la alambra que las defiende de su voracidad? ¿Le han observado cómo se deleita y se relame el hocico contemplando la inaccesible fortaleza de jamones, embutidos, quesos y golosinas? Pues ya tienen una idea aproximada de lo que sucede al gato Estados-Unidos con la despensa de Cuba. Pero la alambra es fuerte y espesa, y aunque no lo fuese, el cocinero tiene mucho cuidado, sigue la pista al gato, y ¡guay de él si llegase á meter la cabeza por el enrejado!

Uno de nuestros colegas dice hablando de este mismo asunto:

«Ya no podemos tomar por lo serio estas bravatas relativamente á Cuba. Mr. Buchanan fué uno de los mas apasionados miembros de la célebre reunion de Ostende. Mr. Buchanan, hijo del Mediodía de los Estados-Unidos, donde únicamente reside el interés de la anexión de Cuba, subió á la presidencia con el compromiso de proteger los intereses de aquellos á quienes debía su elevación. Y en efecto, en su primer mensaje manifestó ciertos deseos y ciertos planes que pusieron en alarma á los espíritus tímidos de nuestro país. Pero qué ha habido de ellos? Absolutamente nada. Pues bien: para juzgar de las palabras de Buchanan en su nuevo mensaje, no hay que saber sino que los Estados-Unidos se hallan en vísperas de una elección de presidente, y que el actual querrá naturalmente ser reelegido.»

Que llame al gran elector español, y puede contar con la seguridad de quedar airoso.

En el bello salón de la academia de la historia, y ante una concurrencia lucidísima, que formaban parte los hombres públicos mas importantes de todos los partidos, y mas distinguidos por su posición social ó política, por su saber y por sus servicios, declaró anteayer el señor ministro de Fomento, en nombre de S. M. la Reina doña Isabel II, legalmente constituida la real academia de ciencias morales y políticas.

El señor marqués de Corvera leyó un discurso alusivo á las circunstancias.

Paréceme decidido que en adelante los consejos de ministros se reunirán de noche.

Dice La Iberia que aunque no oyó la declaración del señor Posada en el Senado delarándose progresista á última hora, no encontraría en ella nada de extraño, después de haber oído al señor Posada en el Congreso las muestras de simpatía que daba al partido conservador.

Efectos de la consecuencia política.

Paréceme que el señor Orozco cederá su derecho á usar de la palabra en contra del proyecto de contestación, al señor Gonzalez Brabo, y que el señor Calvo Asensio lo cederá tambien al señor Olazaga, en caso de que los progresistas de oposición no alcancen mas que un turno.

S. M. la Reina, con motivo del cumpleaños de su hija, mandó entregar ayer 40,000 reales al gobernador civil de la provincia, con destino á los establecimientos de beneficencia de la misma.

Anteayer tuvo lugar en la embajada rusa un magnífico baile, al que asistieron muchas personas notables. El gabinete se hallaba representado por el señor ministro de Estado, el cuerpo diplomático extranjero por muchos de sus miembros mas distinguidos y la grandeza española por las personas mas elevadas de la misma. Entre las señoras que mas brillaban por su hermosura y los ricos prendidos que ostentaban, podemos citar á la princesa de Galitzin y las duquesas de Alba y de Medinaceli. Entre los concurrentes llamaban la atención el embajador de Rusia, el señor Salamanca y otros, que lucían ricas condecoraciones de un valor incalculable. El buffet estuvo servido con gusto y profusión.

Cuatro son las denuncias de injuria que pesan sobre La España, una por el señor Vega Armijo, gobernador de Madrid; otra por el señor O'Donnell, general gobernador de Madrid;

otra por el señor Ulloa, director de Ultramar, y otra por el señor vizconde del Cerro, gobernador de Alava.

Dice anoche El Fenix:

«Nuestro amigo el señor don José Farinas nos ruega manifestemos que no asistió al té del señor Salamanca, como equivocadamente han dicho algunos periódicos.»

La Serma. señora infanta doña Amalia y el príncipe su esposo Adalberto de Baviera, llegarán probablemente á Madrid á mediados de la presente semana. Vienen acompañados de tres caballerizos, una camarera mayor y diez y seis criados.

Anoche se verificó en el régio alcázar el anunciado baile de niños que nuestra augusta soberana mandó disponer con motivo de ser el cumpleaños de S. A. la infanta doña María Isabel. Sin perjuicio de que mañana demos cuenta de esta fiesta, podemos desde luego asegurar que ha sido una de las mejores y mas concurridas que han tenido lugar hasta aqui en el palacio de nuestros reyes, estando convidados los niños de la nobleza y de cuantas personas notables encierra Madrid.

Es probable que á ejemplo de lo establecido en otras Naciones, con muy buenos resultados para el ejército y para el erario público, se suprima el servicio de asistentes en todos los cuerpos y respecto á los jefes y oficiales de todas las categorías, asignándoles, según sus empleos, una gratificación con la cual puedan pagar los criados. De este modo ingresarán en las filas mas de doce mil hombres, y caso de que no sean necesarios, disminuyéndolos en el contingente de los regimientos, se hará una economía considerable.

Paréceme que por via de ensayo se planteará este sistema desde el año próximo en el arma de caballería.

Hay noticias de Manila que alcanzan al 22 de octubre. En aquella fecha la cuestión con la Cochinchina no presentaba apariencia alguna de que pudiera arreglarse por medio de negociaciones: 70 aliados habian tomado un fuerte defendido por 500 hombres. Apoderados los aliados de puntos importantes, faltaba solo atacar la capital Hue-Fó. En las negociaciones con la China se ha obtenido una tarifa de aduanas muy ventajosa para los europeos.

El jueves celebraron juicio de conciliación el señor Alarcón y los redactores de La Esperanza, sin que en él hubiera avenencia por haberse negado nuestro amigo á retirar las palabras que han originado esta querrela.

Al dar cuenta La Discusión de este suceso añade lo siguiente:

«Serán tres, por consiguiente, los procesos que la prensa absolutista seguirá contra el distinguido escritor cuyas producciones codicia tanto el público. Si atendemos al efecto que en ese mismo público han producido estos acontecimientos, el señor Alarcón no está de pésame, sino de enhorabuena. Nosotros se la damos la mas cumplida.»

Hay procesos que honran á los procesados.

Copiamos de La Monarquía:

«No son 400,000 rs., según dice un periódico de la situación, lo que rinden los propios de Madrid, sino 1,960,000 rs. en esta forma: fincas rústicas y urbanas, 400,000 rs.; tierras, 60,000 rs.; varios ramos, 1,500,000 rs. De modo que, deducido de esta suma el 5 por 100, resulta á favor del administrador nuevamente nombrado, la cantidad de 98,000 rs. ¡Bonito sueldo! Casi casi de ministro.»

Hé aquí cómo dá cuenta el Correo autógrafa de la reunion celebrada en casa del señor Lafuente:

«Anoche tuvo lugar en casa de D. Modesto Lafuente, una reunion de los diputados progresistas adictos al gabinete, la cual comenzó á las ocho y media, y terminó á poco mas de las once, habiendo asistido á ella sesenta y cinco personas. El señor Lafuente manifestó en un notable discurso, que el objeto de la reunion era ponerse de acuerdo acerca de la conducta que debían seguir en el Congreso, vistos los ataques que se dirigían al gobierno por algunos diputados del centro parlamentario. Después de la autorizada voz del señor Lafuente, usó de la palabra el señor Moreno Lopez, quien en un fácil y correcto discurso, encareció la necesidad de unirse para contrarrestar á la oposición, añadiendo además que una vez que todos los presentes apoyaban al gabinete, ya era tiempo de dar á conocer sus doctrinas, los principios que sustentaban y los medios de ponerlos en práctica. Acto continuo tomó la palabra el señor Ulloa para manifestar que ante todo debían separarse de las cuestiones personales que tanto daño habian hecho á los partidos, y para exponer todos los medios poderosos con que contaba el gabinete para realizar el bien del país. Después hablaron en igual sentido los señores D. Domingo Vela, Bayarri, Franco, Sandoval, Galvez Cañero y Romero Ortiz. Por último se acordó por unanimidad continuar todos los presentes apoyando al gobierno de S. M.»

El sábado á las tres y media de la tarde S. M. la Reina nuestra señora se dignó recibir en audiencia pública, con las formalidades acostumbradas, al Excmo. Sr. Adolphe Barrot, embajador nombrado cerca de su real persona por S. M. el emperador de los franceses. Acompañaban á S. M. el rey su augusto esposo y los altos funcionarios que asisten á estas ceremonias, y al Sr. Barrot el personal de la embajada.

Recibido por el Excmo. señor primer secretario de Estado, y previamente anunciado por el señor introductor de embajadores, el representante del imperio francés pronunció, al en-

tregar á S. M. la carta credencial, el siguiente discurso:

«Señora: Tengo la honra de poner en las reales manos de V. M. la carta de mi augusto soberano que me acredita en calidad de su embajador cerca de V. M. Esta carta da su verdadero carácter á la misión que me ha sido confiada, porque expresa efectivamente los sentimientos de la alta estimación y de la inalterable amistad que animan á S. M. imperial hacia vuestra real persona, así como su vivo deseo de ver estrechados mas y mas los vínculos de amistad y de buena vecindad que deben unir siempre á la Francia con el hermoso y noble país sobre el cual la divina Providencia os ha llamado á reinar.»

S. M. el emperador se halla profundamente conmovido de que el desarrollo de los inmensos recursos que poseen España y Francia será tanto mas rápido y eficaz cuanto mas constante sea la armonía de ambos gobiernos para llevarlo á cabo, y mas íntima la union de los dos pueblos.

A la realización de este grande y fecundo pensamiento se dirigirán sin cesar mis esfuerzos, y me atrevo á esperar que V. M., concediéndome su augusta benevolencia, se digne animarlos.»

Y S. M. tuvo á bien contestar:

«Señor embajador: Recibo con viva satisfacción la carta en que el emperador de los franceses acredita vuestra calidad de su embajador en esta corte. Veo con sumo placer reiterados en ella los deseos que constantemente me ha manifestado S. M. imperial de mantener cada vez mas estrechos los vínculos de amistad y de buena vecindad que felizmente unen á dos pueblos que tienen tantos títulos para apreciarse recíprocamente.»

Animada de la profunda convicción de que la union íntima de los dos pueblos y la armonía de sus gobiernos contribuirán poderosamente al rápido desarrollo de sus inmensos recursos, nada omitiré para conservarlas.

El tiempo, la civilización y la posición de ambos países hacen muy fácil la realización de tan nobles y elevadas miras.

Estad seguro, señor embajador, de que encontrareis en mi gobierno la mas amistosa disposición para facilitar el cumplimiento de la importante misión que os ha confiado vuestro augusto soberano.

A conseguir tan interesante objeto contribuirán las distinguidas cualidades y los honrosos antecedentes que me complazco en reconocer en vos, y que desde luego os hacen acreedor á mi mayor benevolencia.»

Acto continuo el señor embajador tuvo la honra de presentar á S. M. al nuevo agregado diplomático señor vizconde de Borelli, regresando luego con el señor introductor de embajadores á la embajada, con los mismos honores que recibió al dirigirse al real palacio.

Por toda la seccion de sueltos.

El secretario de la redacción, E. de Soto.

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Exposición.

La Concepción Inmaculada de la Virgen ha sido siempre en España objeto de la acendrada veneración de los pueblos: siglos antes de que se proclamara dogmáticamente, la nación española, fiel depositaria de la doctrina de la Iglesia católica, admitía la creencia piadosa de este misterio. Así es que esta tradición influyó poderosamente, durante siglos, en las empresas heroicas y en los fastos memorables de nuestra historia, hasta el punto de que la España invocara la Inmaculada Concepción como á su mas escelsa Patrona. Por eso mis ilustres progenitores fomentaron siempre su culto, sirviendo este misterio de lema y de enseña, ya á cuerpos científicos y literarios, ya á expediciones gloriosas, creándose además una Orden cuyo mas solemnísimo voto es el de guardar y defender tan cristiana creencia. Si esto hacia la España cuando aquel misterio era tan solo una opinión piadosa, no se mostraria hoy fiel á tan ferviente devoción si no perpetuara el recuerdo de su proclamación como dogma en un monumento que le transmita á las generaciones futuras.

Inspirado yo por los mismos sentimientos que animaron á todos los reyes de España, mis augustos predecesores, deseo que durante mi reinado se tribute un homenaje de religiosa piedad á la Inmaculada Concepción; y para ello he concebido el proyecto de erigir una basílica, que á la vez que sea testimonio elocuente de fe en el dogma de la Concepción, sirva para satisfacer la necesidad que se siente en esta corte de un templo que, pudiendo convertirse en catedral si las circunstancias lo exigen, corresponda por su grandeza y suntuosidad á la capital de esta gloriosa y católica monarquía.

REAL DECRETO.

Por estas consideraciones, y oído el parecer de mi ministro de Gracia y Justicia, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se erigirá en esta corte un templo monumental que, perpetuando la proclamación dogmática del misterio de la Concepción, pueda servir en adelante de iglesia mayor ó catedral, según lo exigieren las necesidades religiosas.

Art. 2.º Mi muy augusto y amado esposo don Francisco de Asís será el protector de esta obra.

Art. 3.º El rey nombrará una junta de personas competentes que, bajo su dirección, estudien y le propongan:

Primero. El sitio en que se ha de levantar la basílica.

Segundo. El plan arquitectónico.

Tercero. Los recursos para llevar á cabo el pensamiento.

Dado en Palacio á ocho de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de Gracia y Justicia, Santiago Fernandez Negrete.

MINISTERIO DE LA GUERRA Y DE ULTRAMAR.

REAL DECRETO.

En atención á las circunstancias que concurren en el brigadier D. José de la Gándara, vengo en nombrarle gobernador de Fernando Póo, Annobon, Corisco y sus dependencias.

Dado en Palacio á diez y seis de diciembre de mil ochocientos cincuenta y ocho.—Está rubricado de la real mano.—El ministro de la Guerra y de Ultramar, Leopoldo O'Donnell.

Por reales órdenes de 16 del actual se ha servido S. M. nombrar:

Secretario del gobierno de Fernando Póo á islas adyacentes, á D. Francisco Perez Romero, auxiliar que ha sido del ministerio de la Gobernación.

Comisario especial de fomento de las mismas islas, á D. Julian Pellon y Rodriguez.

Oficial interventor de la administración de impuestos de dichas islas, á D. Adolfo Guerrero, secretario que fué de la comisión conferida á D. Manuel Rafael de Vargas para las mismas.

Oficial de la secretaría del gobierno de aquellas, á D. Nicolás Bosquet, residente en Fernando Póo.

INSTRUCCION

PARA EL CUMPLIMIENTO DEL REAL DECRETO SOBRE CONSTRUCCION DE FERRO-CARRILES EN LA ISLA DE CUBA.

(Continuación).

Art. 20. Establecerá la empresa un telégrafo eléctrico exclusivamente para el servicio de la explotación. Los postes de este telégrafo estarán dispuestos para recibir el número de hilos que el gobierno necesite para su servicio y el del público, estando obligada la empresa á facilitar en sus estaciones el local conveniente para dicho servicio. La custodia, conservación y reparaciones de los hilos y de todo el material exterior á las estaciones que establezca el gobierno, será de cuenta de la empresa.

Art. 21. No podrá ponerse en explotación el todo ó parte del ferro-carril sin que preceda la autorización del gobernador superior civil, en vista del acta de reconocimiento de las obras y material del camino, redactada por los ingenieros inspectores del gobierno, en que se declare que puede empezar la explotación.

Art. 22. Concluidos todos los trabajos, la empresa hará á sus expensas con asistencia de los ingenieros del gobierno el amojonamiento y plano detallado de todas las partes del ferro-carril y sus dependencias. Formará tambien un estado descriptivo de los puentes y demás obras de fábrica que se hayan construido. La empresa formará á sus expensas y depositará en la dirección de obras públicas un ejemplar competente autorizado del acta de amojonamiento, del plano y del estado de las obras.

Art. 23. La empresa está obligada á conservar en buen estado el camino de hierro y sus dependencias de modo que la circulación sea fácil y segura constantemente, siendo de su cuenta todos los gastos de reparación y conservación, así ordinarios como extraordinarios.

Art. 24. El camino de hierro y sus ramales serán considerados y guardados como los caminos del Estado: por consiguiente los guardas y demás empleados que nombre la empresa podrán usar las mismas armas y gozar las prerrogativas que disfrutaban los del gobierno, además de los distintivos que aquella les señale.

Art. 25. Serán de la elección de los empresarios los medios de ejecución, y los agentes y demás empleados en la construcción, conservación y administración del ferro-carril.

Art. 26. La empresa explotará el ferro-carril durante los años determinados por la concesión, con arreglo á la tarifa que en ella se fije.

Art. 27. La empresa formará los reglamentos necesarios para el buen servicio, administración y explotación del ferro-carril, sujetándolos á la aprobación del gobierno superior civil.

Art. 28. La empresa no podrá hacer directa ni indirectamente contratos con otras empresas que trasporten viajeros por tierra ó por agua, bajo cualquier forma ó denominación que sea, como no se entiendan á todas las empresas que verifiquen transportes en los mismos caminos. Los reglamentos que se hagan de conformidad con lo que se establece en el artículo anterior prescribirán todas las medidas necesarias para asegurar la mas completa igualdad entre las diversas empresas de transportes en sus relaciones con el camino de hierro.

Art. 29. Las cartas y pliegos, así como sus conductores ó agentes necesarios al servicio del correo, serán transportados gratuitamente por los convoyes ordinarios de la empresa en toda la extensión de la línea. Para este objeto la empresa reservará en cada convoy de viajeros ó mercaderías una seccion de carruajes. La forma y dimensiones de los de esta seccion serán determinadas por el gobierno superior civil.

Art. 30. Además podrá haber todos los dias, á la ida y á la vuelta de los convoyes ordinarios, uno ó mas convoyes especiales destinados al servicio general del correo, que podrán recorrer toda la línea ó solamente una parte de ella, y cuyas horas de salida de día ó de noche, igualmente que su marcha y sus estaciones, se arreglarán por el gobierno superior civil, oída la empresa. La retribución de estos convoyes especiales se determinará por convenio ó á juicio de peritos. La empresa podrá conducir en estos convoyes especiales carruajes de todas clases para el transporte de viajeros y mercaderías. Para cambiar las horas de salida deberá el gobierno avisar á la empresa con 15 dias de anticipación. La administración de correos hará construir á sus expensas los carruajes propios para el transporte de las cartas por convoyes especiales. La renovación y reparación de estos carruajes será de cuenta de dicha administración; pero deberán guardarse y conservarse por la empresa en sus cocheras, siendo de cargo de esta todas las maniobras y gastos que exijan por los viajes. Estos carruajes no conducirán mas que la correspondencia y los agentes necesarios para repartirla.

Art. 31. Fuera de las horas ordinarias de salida el gobierno podrá pedir tambien para el transporte excepcional de pliegos ú órdenes urgentes, y salva la observancia de los reglamentos de policía del camino, convoyes especiales que la empresa deberá facilitar, sea de día ó de noche, mediante una indemnización que se fijará convencionalmente ó por peritos.

Art. 32. El gobierno, por causa de utilidad pública debidamente justificada, podrá adquirir el ferro-carril. Para determinar el precio de la compra

se tomará el término medio de los productos obtenidos durante los cinco años que á ella precedan la cantidad que resulte será el importe de la anualidad que se pagará á la empresa en cada uno de los años que faltan para espirar la concesión ó no fuere de las concedidas á perpetuidad. Este término medio fuese mayor de.... por 100 se fijará la anualidad como si fuere el.... por ciento; si es menor y la empresa cree tener probabilidades de prosperar, podrá reclamar que la apreciación de la anualidad que se ha de pagar se haga á juicio de peritos, pero en ningún caso podrá bajar del término medio.

Art. 33. Cualquiera ejecución ó autorización exterior de caminos, canales, ferro-carriles, trabajos de navegación ni otros en la comarca donde está situado el camino de hierro que sea objeto de la concesión, ó en cualquiera otra comarca ó distante, no podrá dar origen á indemnización alguna á favor de la empresa.

Art. 34. Esta no podrá oponerse á que su ferro-carril sea cruzado por otros caminos, canales ó ferro-carriles, ni á sus prolongaciones, siempre que se abran con autorización del gobierno y salva la indemnización á que haya lugar por interrupción del tránsito ó daño material causado al camino.

Art. 35. Las empresas á quienes el gobierno concediese la facultad de que habla el artículo anterior podrán hacer circular sus carruajes, wagones, máquinas, trenes, etc., sobre una parte ó el todo del ferro-carril objeto de la concesión, pagando los precios anodados en las tarifas, y cumpliendo exactamente los reglamentos de policía que se hubiesen establecido para el buen servicio del camino. Esta facultad será recíproca, y por lo tanto los empresarios podrán ejercer en los ferro-carriles que se abran como ramales ó prolongación del que han de ejecutar. Además, las citadas empresas y los empresarios, lo mismo que en sus respectivas líneas, podrán depositar géneros, tomar y dejar viajeros, etc., en todos los descansos, paraderos, estaciones, almohenes, etc., que se establecieren, ya en el camino de hierro concedido, ya en sus ramales, ya en los ferro-carriles que fueren su prolongación. Podrán tambien dichas empresas proveer de agua y de carbon, mediante la correspondiente indemnización, en los mismos puntos que la empresa concesionaria, ó establecer pozos y depósitos donde les convenga.

Art. 36. En el caso de que las empresas de los ramales ó prolongaciones no quisieren usar del derecho que les concede el artículo anterior, tendrán la obligación de entenderse entre sí, de modo que jamás se vea interrumpido el servicio de transporte entre los puntos extremos de varias líneas. Si lo contrario sucediese, el gobierno superior civil dispondrá lo conveniente para restablecer el servicio.

Art. 37. La empresa que por causas imprevistas se encuentre en la necesidad de servir el material perteneciente á otras, pagará una indemnización correspondiente al uso y deterioro de este material. En el caso de que las empresas no se pongan de acuerdo sobre la indemnización ó sobre los medios de asegurar la continuación del servicio en toda la línea, el gobierno superior civil proveerá de oficio y dictará todas las medidas convenientes.

Art. 38. Al espirar el término de la concesión cuando esta no sea á perpetuidad ó en los demás casos que se establecen en este pliego de condiciones, el gobierno reemplazará á la empresa en todos los derechos de propiedad de terrenos y obras designadas en el estado y plano establecidos mencionados en el art. 22, y entrará inmediatamente en el goce del camino de hierro con todas sus dependencias y productos. La empresa tendrá obligación de entregar en buen estado de conservación el camino de hierro, las obras que lo componen y sus dependencias, tales como estaciones, sitios de carga y de descarga, establecimiento de los puntos de partida y arribo, casas de guardas y vigilantes, y oficinas de percepción: tendrá igualmente obligación de entregar todo el material de explotación en buen estado de servicio. El material de explotación será por lo menos el que como minimum se fije en las condiciones particulares de la concesión. Los años que precedan al término de la concesión, el gobierno tendrá derecho de retener los productos líquidos del camino y de emplearlos en conservarle en buen estado con sus dependencias si la empresa no tratase de llenar completamente esta obligación.

Art. 39. Además de estas condiciones se obliga la empresa á observar todas las marcadas en el real decreto de ferro-carriles de esta fecha, reglamentos de policía de la explotación y demás disposiciones vigentes y que en lo sucesivo se dictaren como regla general para esta clase de empresas.

Art. 40. La empresa se sujetará á la inspección que el gobierno determine con el objeto de asegurarse del exacto cumplimiento de estas condiciones.

Art. 41. Para cubrir los gastos del servicio ordinario y extraordinario que corresponde hacer al gobierno con motivo de las inspecciones, reconocimientos y cualquiera otro servicio que tenga relación con la construcción y explotación del ferro-carril, la empresa depositará anualmente en la tesorería general del ejército y real hacienda, á disposición del gobierno superior civil, una cantidad que no podrá exceder de la que se señale como maximum en el pliego particular de condiciones de cada línea.

Art. 42. La empresa nombrará uno de sus individuos para recibir las comunicaciones que le dirijan el gobierno y sus delegados, y el cual deberá residir en.... Si se faltase por la empresa á cualquiera de estas disposiciones, ó su representante se hallase ausente de.... será válida toda notificación hecha á la empresa concesionaria con tal que se deposite en la secretaría de la tenencia de gobierno á que correspondiera.

Art. 43. Las contestaciones que puedan ocurrir entre la empresa y el gobierno acerca de la ejecución ó interpretación de las diferentes cláusulas de este pliego de condiciones y de las particulares estipuladas con la misma, se decidirán por los trámites y tribunales designados ó que en adelante conozcan de los asuntos contenciosos de las obras públicas á cargo del Estado.

(A continuación publica la Gaceta el modelo de la tarifa que ha de regir en estos ferro-carriles.)

(Se concluirá.)

CORTES.

SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DEL DUERO

Extracto de la sesión celebrada el dia 20 de diciembre de 1858.

Se abrió á las dos y cuarto, y leida el acta de la anterior, fué aprobada.

También lo fueron sin discusión los dictámenes de la comisión de exámenes de calidades que quedaron sobre la mesa en la sesión anterior, relativos a la de los señores marqueses de Benalúa y de Bedmar, de Cervera y de Dosaguas.

El Senado quedó enterado de que el Sr. D. Cayetano de Zúñiga ingresaba en la 2.ª sección; y el señor general La Rocha en la 3.ª.

Previo anuncio del señor Presidente, juraron y tomaron asiento en el Senado los señores marqueses de Benalúa y de Bedmar, e ingresaron respectivamente en la 3.ª y 4.ª sección.

ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona.

El señor Presidente: El Sr. Calonge tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. Calonge: El discurso del Sr. Pacheco me obliga a pedir la palabra, para una ó de graves alusiones que se sirvió S. S. dirigirme. Decía el señor Pacheco: Preguntaba el Sr. Calonge si aceptábamos la Constitución, y yo le digo que cuando hombres de bien y caballeros juran una ley, la han aceptado; si no, no la jurarán. Nunca fue mi ánimo poner en duda que caballeros que juran una ley la aceptan; pero aceptan, y S. S. también, caballeros que juran y aceptan, y no cumplen; por eso al preguntar si aceptaban, era mi ánimo preguntar si aceptaban y por consecuencia cumplían. Ya ve su señoría como mi duda no era infundada, toda vez que tenía ejemplos en que apoyarla; pero en esta parte, como en todas, me atrevo a lo que digna S. S.

Por consiguiente, continuaba el señor Pacheco, no hay dificultad en que el gobierno y nosotros llamemos sobre una cosa prescrita, pero no fijada para un día, sin que faltemos por eso a la Constitución. Y si yo fuese aficionado, como no lo soy, a retorcer argumentos, diría al señor Calonge que es muy singular hiciera ese cargo, cuando fue uno de los que votaron que se tomase en consideración la insalubridad del señor marqués de Miraflores, necesariamente contraria a la Constitución.

En esto, además de una alusión hay una contradicción. El señor Pacheco decía que estaba yo en contradicción conmigo mismo votando que se tomase en consideración el proyecto del señor marqués de Miraflores; pero yo no sé en qué se fundaría su señoría para negarme ese derecho que S. S. se atribuye, no solo de tomar en consideración el proyecto que un señor senador presentase, sino el de proponer una reforma de la Constitución del Estado, tan radical como la creyera conveniente.

No hay, pues, razón para dirigirme ese cargo de inconsecuencia que S. S. me hizo. No soy yo amigo de retorcer los argumentos; pero recuerdo que el señor Pacheco fue el jefe de la primera disensión grave del partido moderado; que no salió entonces muy bien librado con la doctrina que planteó, y que cuando mereció el voto de censura que se le dio, el mismo respetable señor Luzuriaga se levantó para defenderlo.

Veá, pues, el señor Pacheco cómo no hay motivo alguno para hacerme ese cargo. No es fácil que haya nadie que pueda encontrar la menor inconsecuencia en mi obra, aunque bien conocida vida pública; pudiendo yo probar algunas, si a ello se me obliga.

El señor marqués de Miraflores: He pedido la palabra para contestar a dos alusiones que en la sesión de antes de ayer tuvo la bondad de dirigirme el señor Pacheco. Me limitaré, pues, a esto, porque no le permito la presunción de contestar a S. S., primero, porque no me lo permite el reglamento, y segundo, porque aun cuando así no fuese, lo haré con mas luzidez que pudiera yo hacerlo, el señor Tejada, que tiene pedida la palabra.

«¿Qué es lo que ha sobornado el partido moderado? preguntaba el Sr. Pacheco, y yo S. S. contestaba a sí propio: «La reforma del señor Bravo Murillo, las insalubridades del señor Nocedal, y fortuna haber sido arrastrados en el torrente del Rhin para perderse en los lagos de Holanda, como el partido moderado, o en los del Delta, como el partido progresista. Afortunadamente me dejó vivo S. S., y puedo tener el honor de contestarle algunas palabras.

«El partido moderado, decía el señor Pacheco, a quien se podía considerar antes como el lastre de una embarcación, se convirtió en un ancla, que no servía para darle peso a fin de que marchase bien, sino para sujetarla e impedir sus movimientos; porque el partido moderado, aceptando la reforma, las insalubridades, y esas otras ideas que son contra la esencia del régimen representativo, abandonó su posición de partido constitucional para convertirse en partido reaccionario.»

Yo no soy reaccionario, señor Pacheco. Profeso el principio de que si en el siglo XVIII triunfó enteramente el libre examen sobre la obediencia pasiva, y ese libre examen arrastró en su torrente los tronos, los pueblos, las instituciones, la religión, todo, y si desde entonces la humanidad ha marchado sobre ruinas, como soy el primero que lo reconozco, el que pensara detener ese torrente cometería un absurdo.

Yo no soy reaccionario; pero cuando piensa el señor Pacheco que la nave, de que el partido moderado era el lastre y el partido progresista las velas, entre en el puerto? ¿Quiere S. S. que continúe la navegación borrasca que traemos hace 35 años, sin haber andado mucho hacia la estabilidad y la ventura? A ese fin aspira el pensamiento de reforma: aspira a ser ancla, sí, porque en el puerto es mas útil el ancla que las velas.

Decía el señor Pacheco que la Constitución es mas bien una cosa a que aspiramos, que una cosa que poseemos. La Constitución se ha hecho para que nos acostumbremos a ella, y no ha habido misterio que no haya faltado a ella. Y añadió S. S. que la Constitución no es una cosa tradicional, que no está en nuestro espíritu, que no tiene antigüedad. Es decir, señores, que es nueva. Esta es la pintura mas verdadera del estado de interinidad, con el cual está el señor Pacheco y yo no. Y de ahí nace naturalmente la cuestión de reforma ó no reforma, que tan duramente calificó S. S.; aunque ha sido generoso, puesto que la ha dejado con vida, lo mismo que a las insalubridades.

Contra estas se ha hecho una objeción grave y respetable por el señor Calderón Collantes: la objeción de inconstitucionalidad. Yo anuncio a S. S. que siendo eso el verdadero, el mas respetable obstáculo contra las insalubridades, propendré la variación de los artículos, para que pueda entrar como proyecto de prueba.

El Sr. Pacheco: Pido la palabra para alusiones personales.

El señor Presidente: La tiene V. S.

El Sr. Pacheco: Muy lejos estaba de pensar que mi pobre discurso hubiese dado lugar a usar de la palabra para contestar alusiones, habiendo comenzado yo por declarar que si necesitaba referirme a sucesos pasados, no lo hacía con ánimo de censurarlos, y habiendo añadido que si no quería censurarlos, como personas, menos estaba en mi ánimo criticar a las personas. También creo haber dicho que no era costumbre mia usar expresiones ácidas, y que si alguna vez las había usado impulsado por las circunstancias, nadie se había arrepentido de ello mas pronto que yo. Veá, pues, el Senado por qué me extraña que se hayan creído aludidos los Sres. Calonge y Miraflores, y por qué en las alusiones del señor Calonge he visto solo el deseo de echarme en cara cosas que pasaron doce años hace, así como en las del señor marqués de Miraflores el deseo de discutir puntos sobre los cuales me había yo limitado a emitir mi opinión, como S. S. había emitido la suya.—Diré sobre ambas breves palabras.

El Sr. Calonge reconoce que cuando yo juro obediencia a una ley, la acepto y no faltaré a ella. Está demostrado, pues, que dije bien, cuando, respondiendo a la observación de S. S., le dije que habiendo yo jurado la Constitución, era claro que la aceptaba.

Ha hablado el Sr. Calonge del ministerio que tuvo la honra de presidir en 1847, y del clima de que dice fui causa. Aquí cisma venia ya principiado

desde antes, acompañándose entre otros, mi digno amigo el Sr. Roca Togorós.

El señor marqués de Miraflores, como he dicho antes, mas bien que responder a alusiones personales, que en su verdadero concepto no ha habido, ha discutido algunos puntos de mi discurso, puntos que, si me fuera permitido, volvería yo a tocar para responderle con algún detenimiento, y quizás con completa desgracia. No hallándose en ese caso, me limitaré a decir unas breves palabras.

Preguntó el señor marqués de Miraflores si yo quiero que esa nave no entre nunca en el puerto; y yo contesto a S. S., que los Estados entran en el puerto, con relación a la cuestión política; pero nunca respecto a la administrativa y gubernativa. Las naciones navegan siempre; y así como el hombre es viandante en la tierra y se encamina a un puerto que está fuera de ella, así la humanidad es perfecta en este puerto, y tiende a aproximarse a la perfección, sin alcanzarla jamás.

No he dicho yo que la Constitución es interina; lo que dije está muy distante, y en esto tuve la desgracia de no expresarme bien, puesto que una persona tan ilustrada como el señor marqués de Miraflores no me comprendió. Dijo solo que nuestra Constitución no está en nuestros hábitos; que se ha tomado por imitación de fuera; que es un ideal que se ha escrito en un libro para que nos sujetemos a él, y no un epílogo de lo que practicábamos nosotros.

Ahora bien: con referencia a lo que practicábamos, ¿quiero decir que éste sea un libro interino y que yo me proponga variar? No, pues he expresado de la siguiente manera: que una de las esencias del partido nuevo es el planteamiento de la cuestión política que tanto podría dividirnos. Ha estado, pues, muy lejos de mi ánimo decir que la Constitución es interina y que yo quiera hacer otra: he dicho que nuestra Constitución no es el resultado de nuestras costumbres, que nos ha traído la teoría, pero que a ella tenemos que conformarnos.

Es muy común ponderar la esencia de la historia, y yo también soy partidario de ese modo de ver; pero tengamos presente que en España se rompió el hilo de la tradición de las libertades públicas, habiéndose dado por tierra tres siglos hace con las asambleas nacionales. Si estas hubiesen continuado, nuestra Constitución estaría basada en nuestras costumbres, como lo está la de Inglaterra en las de aquel país, y no habríamos tenido que escribir este libro para unir nuestra historia del día con la de ahora cuatro siglos, y para restablecer las instituciones que tanta fuerza y tanta gloria dieron a los reinos de Aragón y Castilla.

El Sr. Luzuriaga: Me habla propuesto no contestar a alusiones; pero el señor Calonge ha unido mi nombre al del señor Pacheco para recordar una fecha antigua y deducir de ella lo que pensábamos entonces y lo que pensamos ahora; y lo que es peor, para poner en guardia al Senado contra nuestras tendencias actuales.

No siento que S. S. haya hecho ese recuerdo, sino que al hacerlo no haya recordado que en esa votación estubo solo. Siendo S. S. tan celoso del equilibrio para todas las opiniones del Senado, no ha encontrado nada que decir contra ella, extrañándole que fuéramos aquí algunos más. Pero, prescindiendo de esto, ¿ha encontrado S. S. identidad entre mis tendencias y las del señor Pacheco? A esto responderé que hay gran diversidad entre ellas; y esto me pone en la necesidad de explicar qué soy y cuáles son mis relaciones con dicho señor.

Usando la misma figura que S. S. empleó el otro día, diré que mis amigos y yo no somos como los restos del Nilo que se pierden en el Delta, y que el Sr. Pacheco y sus amigos (y digo sus amigos, porque no estoy conforme con lo que de sí propia persona dijo, considerándose como reducido a la nulidad) forman todavía esa sección del partido conservador llamada de los *puritanos*, sección escasa en número, y poderosa en valía. En ese sentido digo que S. S. y sus amigos no son, tampoco los restos del Rhin que se sumen en la Hielada. Unos y otros somos otra cosa, a saber: los ríos confluentes que van a formar la corriente común.

El Sr. Pacheco dice que el nuevo partido se halla en estado de aspiración; yo voy mas adelante, y creo que se halla ya en formación y muy adelantada. Cuando el partido está formado, entonces será ocasión de dejar nuestros nombres de guerra para tomar el que nos corresponda, que será el de constitucionales, y no digo monárquico-constitucionales, porque esto ha sido también nombre de guerra.

El señor Presidente: Se suspende esta discusión, para que entre a jurar un señor senador.

Juró, en efecto, el señor marqués de Cervera, y después de anunciarse que ingresaba en la 6.ª sección, se abrió de nuevo el debate sobre el proyecto de contestación al discurso de la Corona, y dijo:

El señor Presidente: Tiene la palabra en contra el señor Tejada.

El Sr. Tejada: Señores, en dos partes habré de dividir mi discurso. En la primera me ocuparé del párrafo del proyecto de contestación relativo a nuestras relaciones con la corte de Roma, y en la segunda contestaré al notable discurso del señor Pacheco. Entre en el debate con repugnancia, porque carezco de las dotes necesarias, y porque siempre me ha inspirado estas discusiones generales, acaloradas y estériles para el país, que son, como tengo dicho, una especie de batalla política dada al gobierno por las oposiciones.

Pero yo no he abierto la discusión; voy a usar de la palabra cuando ya se ha inaugurado, y contando con la indulgencia del Senado, manifestaré mi opinión.

Esta es la que, en mi concepto, se han equivocado algunos señores senadores que han calificado de incoherente el discurso de la Corona, diciendo que como tal podían firmarlo los hombres de distintas opiniones. Yo creo una cosa completamente distinta: en mi concepto, no es incoherente; tiene, por el contrario, un color muy subido; y como no tenerlo un discurso en donde se establece la plena libertad de imprenta, un discurso en el que se admite el jurado, un discurso en que se consigna la desamortización civil, y de una manera indirecta, la eclesiástica.

Al ocuparme de la cuestión de relaciones con Roma, lo primero que cumple a mi objeto es decir que cuando se han pedido explicaciones detalladas para conocer cuál es la mente del gobierno en este punto, este, lo mismo que la comisión, han manifestado que no se podía entrar en esas explicaciones; que era necesario que este asunto estuviera como cubierto, y hasta ha llegado a ponerse en duda la competencia de este cuerpo para ocuparse del asunto. Así es, que cuando en el seno de la comisión ha habido una persona que ha nombrado convenciones anteriores, ocupándose de la que en el día trata de establecerse, se le ha dicho que su voto no podía someterse a discusión; y a otro que ha nombrado el Concordato vigente, se le ha dicho: su voto de V. no puede admitirse; se queda V. solo.

En el discurso de la corona y en la contestación al mismo, encuentro, señores, un defecto sustancial de forma y un grave peligro en el fondo. Encuentro un defecto de forma, porque únicamente se ha dicho que, recibidas tantas muestras de benevolencia del Santo Padre, el gobierno de S. M. había dado sus instrucciones para concluir las cuestiones pendientes, sin enunciar ni cuáles son los antecedentes de este negocio, ni cuáles los fines a que el gobierno aspira, ni cuáles tampoco las causas de esa misma separación en que sobre varios puntos se encuentra este con la Santa Sede.

Y segundo lo indico yo solo: está en la senda que ha seguido el gobierno mismo en el discurso de la corona, cuando ha tratado de otros negocios respecto a relaciones y al estado de las mismas con potencias independientes.

¿Qué ha hecho el gobierno cuando ha hablado de la guerra de América, en el párrafo de Méjico? Ha indicado las causas de estas disensiones, y el fin a que se dirige. ¿Qué ha hecho cuando ha tratado de la guerra de Asia? Lo mismo. ¿Qué ha hecho cuando ha tratado de los asuntos referentes a la guerra de África? Lo propio. ¿Qué hace cuando trata del negocio mas importante, cual es el concerniente a las relaciones del Estado con la Iglesia? Se encierra den-

trode una reserva de la que en vano se intentará sacar al señor presidente del Consejo; y esto es el defecto de forma que yo encuentro en el dictamen que se discute.

El otro defecto nace del peligro que hay en el olvido meditado y reflexivo de los antecedentes que tiene este mismo negocio, y sobre los cuales ha rehuido el gobierno toda explicación. Y este peligro quiero yo salvarlo, reclamando del gobierno las explicaciones que está en la obligación de dar, y que no comprometan el éxito de las negociaciones.

Tanto mas grave es esta consideración, cuanto que nuestras relaciones con Roma tienen antecedentes gravísimos: por eso necesitamos saber de una manera clara, cual es la intención del gobierno sobre el particular.

Gran confianza nos han inspirado los principios sentados por el gobierno al decir que en los negocios relativos a la Iglesia no hará nada sin el consentimiento del Sumo Pontífice; que acepta la Constitución vigente del Estado, y que no quiere alteraciones en el orden político; pero al lado de esos hechos hay otros que no guardan una completa armonía con tales manifestaciones.

En este concepto, debo preguntar al gobierno de S. M. relativamente a este punto, qué intenciones tiene, y en lo que hace mas preciso todavía el discurso del señor Pacheco, el cual manifestó grandes dudas de que el gobierno de S. M. obtenga lo que se propone, que es el llegar, según parece, a la completa desamortización de los bienes de la Iglesia. Pero por qué no lo ha indicado el gobierno a los cuerpos colegisladores, cuando todavía no ha salido de esta corte el embajador, cuando las instrucciones son no irrevocables, y cuando las negociaciones están aun por entablarse?

En una materia tan grave, tan importante, y mas al reunirse un Congreso nuevo, ¿por qué no indica el gobierno su pensamiento? ¿Por qué no lo revela? Porque no hay bastante franqueza para confesar que el gobierno de S. M. es partidario de la completa desamortización de los bienes de la Iglesia; porque a lo que aspira es a engañar todos esos bienes, dando en cambio a la Iglesia papales de crédito, y eso, señores, cuando tantos abusos se han cometido con ese papel, que tan sujeto está a sufrir las deplorables consecuencias de nuestros trastornos políticos, cuyas oscilaciones son tan continuas. Un negocio, pues, de tanta importancia, no es posible prescindir de traerlo al debate.

Hay otras partes del discurso de la Corona con las cuales tampoco puedo estar conforme: lo relativo al jurado, a la libertad de imprenta; el modo con que se concibe por el gobierno la desamortización que se llama civil. Esto, en el orden económico, es un error tangible, un error gravísimo; en el orden político es, a mi juicio, un atentado contra la Constitución; y el orden social es un hecho que, dando ejemplo a otros de lo poco que se respeta la propiedad corporativa, que es el antemural de la propiedad particular, puede hacer que llegue tiempo en que la invasión de lo *layo* y de lo *clero* quebrante los vínculos de la sociedad y nos exponga a grandes desastres. Aquí tiene el Senado bastante justificada mi oposición a lo que contiene el discurso de la Corona; y por consiguiente, concluida la primera parte de mi peroración.

Voy a decir algunas palabras, nada mas que algunas, sobre el discurso del Sr. Pacheco, que la tengo una importancia política de primer orden.

La situación actual no es, en mi concepto mas que una evolución pasajera, de poca duración, de nuestros partidos políticos; la situación actual, sin embargo, no puedo menos de reconocer que es una situación legítima. La Reina, llamando a sus consejos al señor general O'Donnell, que es la personificación de la situación actual, sabía lo que se hacía; ella iba a ejecutar; por consiguiente, la entrada del señor general O'Donnell en el poder, la tengo por enteramente legal, y respetable para todos los españoles; y yo me atrevería a rogar a los que no estén dispuestos a apoyar al actual señor presidente del Consejo y demás ministros, que no hicieran ninguna oposición a la situación actual; es decir, que tuvieran paciencia, que tuvieran esperanza para que la situación diera por sí sus naturales frutos, sus naturales resultados; que las personas que profesan los principios conservadores consideraran que esto es un principio de esta especie de castigo, en el sentido de sus doctrinas políticas, que nacen de sus mismos actos, de la incertidumbre, de la vaguedad con que han sostenido y practicado sus mismos principios. Y en prueba de esto no recordaré mas que un hecho, sin entrar en el fondo de la idea.

Que recuerde el partido moderado conservador como al llegar al partido progresista al poder, resolvió todas las cuestiones relativas a la Iglesia. Todas las decidió poniendo sobre la Iglesia el dominio de esa autoridad que no reconoce límites sino los de la conveniencia pública. ¿Qué hicieron, por el contrario, los hombres del partido moderado cuando en 56 volvieron al poder? Se contentaron con publicar decretos en la *Gaceta* declarando vigente el Concordato, ese Concordato que después se ha llevado a efecto. Y así es que cuando ha venido esta situación, ha podido decir que continuaba la legalidad, volviendo todos sus efectos a la ley de 1.º de mayo.

Por consiguiente, y rogaria a los hombres que en España defienden los principios conservadores, que no pongan ningún obstáculo a esta situación; que no usen de ningún medio de oposición que no sea legítimo, y así veremos si la idea que el gobierno quiere personificar tiene algo de grande, de fecunda, de conveniente y nacional.

En este concepto aconsejo a los que sostienen principios conservadores la defendan. Si es una idea infundada, es reunirse para formar una falange capaz de formar un gobierno fuerte cuando la situación desapareciera; y si es una idea fecunda, el patriotismo de todos exige que se adopte.

Esta situación no es nueva; es una repetición de la época que ha recordado el señor marqués de Miraflores, y que hoy es una situación política, accendiéndose a lo mas elevado de los principios, si se reparar mucho en la conservación de esos elementos que se nos decia sirven de lastre a la navegación de la nave del Estado. La diferencia ha sido de personas: era una persona civil, y en el día tiene un carácter militar; entonces era un ensayo; hoy se nos presenta como el único amparo que tiene ya el partido moderado en unión con el progresista.

Otra verdad se deduce también del discurso de S. S. y es que la situación no comprende ningún elemento nuevo. El gobierno de la situación es el gobierno por los medios políticos de la libertad de imprenta, del jurado, de la desamortización civil y eclesiástica, de la publicación de las máximas del parlamentarismo. Pues todos esos elementos si los hemos aplicado, y una experiencia desgraciada nos lo hemos aplicado, y no pueden producir los efectos que el gobierno espera. La cuestión es saber si esa nueva política tiene medios para satisfacer, no solo los intereses del progreso, sino todos los de la sociedad, porque los intereses del progreso se hallan tan divididos, que en una parte vemos al señor Luzuriaga, y en otra a personas tan respetables como el señor Prim. (El señor conde de Reus: Pido la palabra para una alusión.)

Decía, pues, que no solo se han de satisfacer los intereses del progreso, sino también los de la Iglesia y del trono; los intereses conservadores de la sociedad. Yo creo que en esta situación no pueden encontrar satisfacción legítima todos esos elementos. Pero respeto el juicio ajeno, y conforme a mis antecedentes, respeto también al gobierno de S. M., y la libertad con que debe entablar lo que cree que conviene al bien del reino; sin hacerle oposición sistemática; y la prueba la tiene el gobierno en las votaciones que ha habido en la legislatura actual, y en dos ó tres anteriores, habiendo estado a su lado tratándose de tres proposiciones notables que se han presentado aquí, y separándose de personas con cuya amistad me honro y cuyos sentimientos conozco.

A los partidos individuales, como decía el señor

porque no hay nada que pueda levantar su espíritu sin ese móvil; pero los intereses bien establecidos en partidos dignos de representar los derechos verdaderamente constitutivos, mantienen y fortalecen a estos, como sucede en Inglaterra.

En España hay que huir mucho de todo lo que conduzca al cesarismo, es decir, al imperio de la fuerza sobre la razón positiva; porque en España existe contra él una preponderancia puramente espiritual, la preponderancia de la moral, y la pañola, la preponderancia de la moral, en nuestros céasares son rechazados universalmente en nuestro país por el espíritu público. Por consiguiente, no vayamos a una situación que no tenga mas salida que el cesarismo, para que no llegue el día en que, desapareciendo una autoridad legítima, no hallemos medio de regir y administrar los intereses públicos.

Cuando el señor Pacheco quiso defender a los ministros a quienes se acusó de infractores de la Constitución, creía que no podía hacerse tal acusación, porque los anteriores ministros la habían también infringido. Aquí tiene el Senado justificada la proposición del señor marqués de Miraflores. Si sostener que los actuales ministros no merecen esa acusación por los actuales ministros de la Constitución han sido que las infracciones de la Constitución han sido también obra de otros ministros, es una teoría despolítica e inconstitucional; porque si vosotros, señores senadores, no tuvierais derecho para acusar los ministros que infringían los intereses públicos, ¿para qué tanta sangre, tantas discordias, tantas oscilaciones como ha habido entre nosotros? ¿Para qué tanta sangre, tantas discordias, tantas oscilaciones como ha habido entre nosotros? ¿Para qué tanta sangre, tantas discordias, tantas oscilaciones como ha habido entre nosotros? ¿Para qué tanta sangre, tantas discordias, tantas oscilaciones como ha habido entre nosotros?

Ha dicho el señor Pacheco una cosa muy grave, con la que tampoco estoy conforme, y es, asegurar que en España no tenemos Constitución, sino que aspiramos a formarla de nuevo.

El Sr. Pacheco: Rectificaré esa idea si el señor Tejada me lo permite. Lo que he dicho, y siento haber de repetirlo nuevamente, es que a la Constitución española, como a todas las escritas y adoptadas por naciones que quieren entrar en el gobierno representativo, la ha faltado el trascurso de algunos siglos. No existen aquí costumbres y tradiciones constitucionales, como en Inglaterra, sino reglas que se aceptan y se juran cumplir, y cuyo cumplimiento es difícil mientras lucha con nuestras antiguas hábitos.

El Sr. Tejada: En esa misma sentido había yo interpretado la frase del señor Pacheco. Es una verdad que nuestras Constituciones modernas son una teoría; pero esta verdad data desde 1812. Entonces fue cuando se rompió la sucesión de nuestras venenanas tradiciones. Voy a leer al Senado lo que decía el ilustre Jovellanos cuando se convocaron las Cortes extraordinarias de 1812 (S. S. leyó).

Esas doctrinas conservadoras son las que yo defendiendo. Partiendo del derecho constituido existente, deseo mejorar nuestra Constitución paulatinamente, haciendo que satisfaga las necesidades, a la estabilidad y a la ventura de todos las demás clases del Estado que no tienen participación en ella.

Estas son, señores, las breves observaciones que me han sugerido el proyecto de contestación y el discurso del señor Pacheco, y que me obligan a negar mi voto al dictamen de la comisión.

El señor conde de Torre Marín: Pido que se presente si está el punto suficientemente discutido.

El señor conde de Reus: Rectifico.

El señor ministro de Estado (Calderón Collantes): Debo empezar por hacer un cargo de las doctrinas que ha expuesto en su discurso el señor Tejada. Siento que el estado de mi salud no me permita hacerlo extensamente; pero, sin embargo, tienen una explicación tan clara y son tan sencillos los principios que el gobierno se ha propuesto practicar, que aun en el estado en que me encuentro creo que quedarán desvanecidos todos los cargos de S. S.

Desde luego se nota en su discurso una singularidad bien extraña, y es, que S. S. ha sostenido constantemente en los anteriores legislaturas que el Parlamento no podía ocuparse sino de la discusión y votación de las leyes que se le presentaran, añadiendo que el examen general de los negocios políticos era un acto peligroso, que conducía solo a perturbar el ejercicio de los poderes públicos; y, sin embargo, se ha examinado ahora ó examinará a las cuestiones mas graves, relativamente a la cual se ha encendido el gobierno en una prudente reserva, sin dejar por eso de decir todo lo que el Parlamento y la nación tienen derecho a saber.

Suponiendo al mismo tiempo S. S. que el gobierno no se ha expresado con oscuridad respecto a esa cuestión gravísima, ó sea la de nuestras relaciones con Roma, no ha pedido explicaciones claras y terminantes. A eso contestaré a S. S. que no hay senador que no haya cuerpo alguno de los que forman la organización política del país, que tenga derecho a pedir esas explicaciones; pero esto aparte, ¿es cierto, como ha dicho el señor Tejada, que hay oscuridad en el discurso de la corona respecto a ese punto?

No, señores: el discurso de la corona dice una verdad que el señor Tejada ha reconocido, al mismo tiempo que ha querido impugnarla: hay cuestiones pendientes que deben ser objeto de un arreglo; y por mas que S. S. haya dicho que esas cuestiones se resolvieron en el Concordato, es lo cierto que S. S. mismo ha reconocido que todavía quedaban algunas por determinar, puesto que ha recordado una convención, cuyo cumplimiento ha reclamado S. S., y por cuya falta de observancia ha formulado cargos contra el gobierno. Es, pues, una contradicción suponer por una parte que el Concordato terminó todas las cuestiones, y decir por otra, que fue necesario hacer después una convención que, según su sentir, no se cumplió.

Pero el señor Tejada ha insistido en hacer preguntas ya contestadas. Una de ellas es si el gobierno considera vigente el Concordato. (No dijo terminantemente que sí; el señor presidente del consejo de ministros? No dijo que es ley del reino, y no he hecho yo también la misma declaración? ¿Por qué, pues, poner en duda los sentimientos y las ideas manifestadas lealmente por el gobierno?)

S. S. ha entrado después a examinar la cuestión política, diciendo una cosa que por fortuna no es exacta. Ha dicho que las doctrinas individuales pretenden el dominio de la sociedad; pero aunque es cierto que el individualismo va sobreponiéndose a la corruptibilidad de los partidos en los países constitucionales, ¿son esas las doctrinas que el gobierno ha proclamado? ¿No dice S. S. que las doctrinas de hoy son las proclamadas hace once años? Si; constituyen la misma idea echada entonces en el seno de la sociedad; ideas que lejos de morir, germinando abundantes y óptimos frutos, si; nació esa idea cuando debió nacer, después de la guerra civil, durante la cual, hijos los ánimos en la lucha, no daban los partidos fácil entrada al razonamiento.

Desde que esa lucha terminó, fue necesario pensar en la organización definitiva de la sociedad, adoptando los medios mas convenientes para ello, medios que han producido los resultados que todos hemos visto.

Para probar la opinión que el señor Tejada emite, nos cito varios párrafos de la Memoria que el señor Jovellanos dirigió a la junta central, pero contrarios precisamente a lo que el señor Tejada sostiene. Esos párrafos, bien considerados, son una verdadera condenación de lo que, cuando los escribía su autor, había sucedido en España hacia siglos. No sé cómo S. S. ha caído en el señor Jovellanos, que tan persiguido fue por un gobierno estúpido é ignorante, y nunca indicó, en lo que proponía, el restablecimiento de lo que hoy pretende el señor Tejada.

Por lo demás, S. S. no ha hecho ningún cargo al gobierno: ha hablado de infracciones de la Constitución y de las leyes; pero no ha citado ninguna, y por otra parte, tampoco podía justificarlas. De ninguna otra de las cuestiones políticas se ha ocupado sino muy a la ligera, y por lo tanto nada tengo que contestar. El silencio de S. S. dice bastante respecto a este punto.

La política del gobierno, señores, es dirigir los negocios públicos, con el olvido de partidos y personas, en cuanto este no sea una enseñanza; con el

respeto a la Constitución vigente, que no será objeto de alteración alguna en ningún punto capital; con la observancia estricta de la ley, y con la garantía de todos los derechos, cosa que no siempre se ha observado.

Hablamos con sinceridad y con franqueza. Han tenido siempre un libre é igual acceso al ejercicio de los cargos públicos todos los partidos, todas las fracciones legales en que está dividido el país? No se ha visto con frecuencia que para la provisión de esos cargos se ha solido atender mas al favoritismo que al mérito? Pues bien: de ese camino quiere huir el ministerio actual, y sus actos responden y responderán de satisfacción ó no ese deseo, que lo es también de la nación entera.

Concluyo diciendo que si el señor Tejada no ha hecho al ministerio ningún cargo concreto, real y positivo, y si, por otra parte, está ya juzgada la política del gabinete, en razón a haber producido resultados beneficiosos, espero que el Senado se servirá votar lisa y llanamente el proyecto de contestación al discurso de la corona.

Después de rectificar las señores Tejada y Luzuriaga, se declaró el punto suficientemente discutido; y procediéndose a la votación del proyecto de contestación al discurso de la Corona, pidióse por competente número de señores senadores que aquella fuese nominal, y acordado así, resultó aprobado el referido proyecto por 103 votos contra 23 en la forma siguiente:

Señores que dijeron si.

Conde de Lucena.—Calderón Collantes.—Macarhon.—Marqués de Corvera.—La Rocha.—Díaz de Rivera.—Conde de Montefuerte.—Pastor Díaz.—Luzuriaga.—Laserna.—Olafeta.—Conde de Balazote.—Sancho.—Conde de Yumuy.—Conde de Gracia.—González Nandín.—Pérez.—Roda.—Marqués de Perales.—Sierra.—Luzuriaga.—Marqués de Vallgornera.—Conde de Altamira.—Marqués de Someruelos.—Moreno.—Estébanes Calderón.—Marqués de Oviejo.—Lemery.—Bernard de Castro.—Marqués de Bedmar.—Heros.—Santa Cruz.—Torre Rojas.—Zarzo del Valle.—Oliván.—Conde de Valmaseda.—Soria.—Marqués de Mirasol.—Suárez de Deza.—Pimentel.—Alonso.—Conde de Zaldivar.—Ros de Olano.—Sevilla.—Marqués de Novaliches.—Marqués de Miraflores.—Ruiz de la Vega.—Vaamonde.—Cerrajería.—Duque de San Miguel.—Chacon y Duran.—Ferrer.—Duque de Paredes.—Conde de Clonard.—Marqués de Campo Alegre.—Conde de Velarde.—Marqués de Campo Alegre.—Marqués de San Juan.—Rodríguez Camaleón.—Marqués de la Peña del Muro.—Marqués de Monreal.—Marqués de Malpica.—Conde de Torre-Martin.—Arrazola.—Duque de Sevilla.—Marqués de Valmediano.—Marqués de Armentariz.—Marqués de Goyanes.—Aladama.—Alvarez.—Duque de Zorzo.—Marqués de Campo Verde.—Marqués de Vergara.—Conde de Oñate.—Oliver.—González.—Infante.—Victoria de Lecea.—Baeza.—San Miguel (D. Santos).—Marqués de Castellanos.—Marqués de Benalúa.—Zúñiga.—Marqués de Alcañices.—Marqués de Claramonte.—Ojeda.—Pérez.—Collado.—Marqués de Santa Cruz.—Pacheco.—Duque de Buñen.—Serrano.—Chinchilla.—Cantera.—Marqués de San Felices.—Duque de Abrantes.—Cabrero.—Conde de Campo-Alange.—Camba.—Señor presidente.

Señores que dijeron no:

Duque de Ahumada.—Riquelme.—Cortázar.—Domenech.—Marqués de Viluma.—Fernández de Córdoba.—Tejada.—Duque de Rivas.—Calderón de la Barca.—Barona.—Conde de Sevilla la Nueva.—Sanz.—Larsund.—Rivero.—Mita y Alos.—Conde de Reus.—Marqués de Vendeña.—Calonge.—Ezequiel (D. Fermín).—Conde de Puñonrostro.—Conde de Guendulana.—Ezequiel (D. Javier).—Conde de Velle.—Bayona.—Lara.—Conde de Villafraña.—Gaitan.—Marqués de Almonacid.—Marqués de Molins.

El señor Presidente: Se va a leer la lista de los señores senadores que tendrán la honra de poner en manos de S. M. la contestación que acaba de aprobarse.

Leída, en efecto, la citada lista, decía así:

Diputación para presentar a S. M. la Reina la contestación del Senado al discurso de la corona.

Señores: marqués del Duero, presidente.—Don Domingo Ruiz de la Vega, marqués de Sanfelices, D. Manuel Cantero y duque de Abrantes, secretarios.—D. Cayetano Zúñiga, conde de Zaldivar, marqués de Viluma, D. José Manuel Collado, D. Bernardo de la Torre Rojas, D. Laureano Sanz, Patriarca de las Indias, marqués de Vallehermoso, conde de San Julian, conde de Altamira, D. Antonio Riquelme y conde de Balazote.

Suplentes.

Señores: marqués de Guadalcázar, D. Antonio Remon Zarzo del Valle, marqués de Vallgornera y duque de Vergara.

El Sr. Presidente: Se pondrá en conocimiento de estos señores la hora y día en que S. M. se digna recibir la diputación del Senado.—Orden del día para mañana: discusión del dictamen relativo al proyecto de ley aumentando la paga a los capitanes del ejército, y segunda lectura de la proposición del señor conde de Velle sobre reforma del art. 108 del reglamento.—Se levanta la sesión.

Erán las seis menos cuarto.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARTINEZ DE LA ROSA.

Extracto de la sesión celebrada el día 20 de diciembre de 1858.

Abierta a las dos menos cuarto, se leyó el acta de la anterior, y fué aprobada.

